

# El ensayo pacifista de Virginia Woolf

ELENA GRAU BIOSCA

**A**deline Virginia Stephen (1882-1941), conocida como Virginia Woolf, fue una autora original y prolífica. Escribió novela, relato, biografía, crítica literaria, ensayo, 26 volúmenes de diarios y seis volúmenes de cartas. Virginia Woolf había crecido en la familia formada por Julia Jackson y Leslie Stephen, ambos viudos con hijos de sus matrimonios anteriores, que juntos tuvieron cuatro hijos. Se trataba de una familia culta cuya casa era frecuentada por la intelectualidad inglesa y contaba con una inmensa biblioteca. Leslie Stephen actuó como su preceptor negándose a ofrecerle una educación formal. Virginia no tuvo acceso, pues, aunque lo deseó con vehemencia, a los estudios universitarios. Eso le proporcionó en cambio un aprendizaje libre de los corsés académicos y de la pobre repetición del pensamiento que a menudo se produce en este ámbito. Sus textos por el contrario son pensamiento verdadero, original, surgidos del contacto con la realidad a través de una fina sensibilidad, de una capacidad de percepción de la belleza, de las relaciones humanas y de los recovecos de la mente humana que se expresaron con una creatividad genuina y libre. Esa libertad creativa es la que impregnó sus ensayos, la que le permitió escribir también textos de gran hondura teórica y altura política.<sup>1</sup>

Virginia Woolf es reconocida sobre todo por su obra literaria extremadamente innovadora y experimental. Mucho menos conocidos son sus ensayos políticos pacifistas que, no obstante, han sido muy apreciados por las mujeres comprometidas en el movimiento por la paz. En agosto de 1940, Virginia Woolf escribió el texto *Pensamientos de paz durante*

---

<sup>1</sup> Emilia Bea, «Pensar la paz desde el exterior de las instituciones patriarcales. Ecos de la escritura de Virginia Woolf», *Cuadernos Electrónicos de Filosofía del Derecho*, 19 de diciembre de 2016.

*una incursión aérea*,<sup>2</sup> un título que expresa de modo literal su experiencia durante los ataques aéreos de la que se ha denominado “La batalla de Inglaterra”: la experiencia femenina de soportar un combate entre hombres. Tendida en un camastro,

**Su libertad creativa es la que impregnó sus ensayos, la que le permitió escribir también textos de gran hondura teórica y altura política**

la autora escucha los zumbidos de los aviones y espera de un momento a otro que una bomba acabe con su vida. El miedo y el odio la convierten en un objeto estéril, anulan su capacidad de recordar, de gozar, de pensar, de crear. Virginia describe, por medio de esta experiencia en primera persona, lo que señaló Simone Weil en el texto «La Ilíada o el poema de la fuerza»: la fuerza, cuando

se ejerce hasta el final, convierte a un hombre en un cadáver, es decir, en una cosa; y de ahí procede otro poder, la amenaza de la misma lo convierte también en una cosa aunque esté vivo.<sup>3</sup> Lo que experimenta Virginia Woolf bajo las bombas es la pérdida momentánea de la humanidad debida a la amenaza de la muerte. Al cesar la incursión, al desaparecer el miedo, ella recobra la capacidad de imaginar, de crear; vuelve a incorporarse a la vida.

En este texto cuenta, pues, la experiencia extrema de saberse al borde de un final sin tener una vida cumplida. Pero Virginia Woolf, aun en esta situación, se empeña en no dejar de pensar, en darle un significado a esa experiencia. Sabe que ella, mujer inglesa, está prisionera en su refugio; pero sabe asimismo que el piloto inglés que supuestamente la defiende y defiende su libertad está también prisionero: prisionero de la máquina. No solo de la máquina que pilota, sino de la maquinaria de la guerra. Y más allá de la maquinaria bélica, lo está de su propia idea y misión de varón educado y entrenado para competir, para combatir, para defender el honor y la patria. Una condición masculina que comparten el piloto inglés que la defiende y el piloto alemán que la ataca. Condición que permanecerá en ellos cuando acabe la guerra porque forma parte del ser hombre en el patriarcado. Por eso, para la paz no es suficiente el final de la guerra ni el prometido desarme. Para Virginia Woolf, la paz no es solo la ausencia de guerra, sino la erradicación de la posibilidad de la guerra.

No era la primera vez que Virginia Woolf ponía en relación estrecha la masculinidad patriarcal y el belicismo. En su obra *Tres guineas*,<sup>4</sup> madurada durante siete

<sup>2</sup> El texto fue escrito para un simposio y se publicó en la revista estadounidense *The New Republic* el 21 octubre del mismo año con el título *Thoughts on peace in an air raid*.

<sup>3</sup> Simone Weil, «La Ilíada o el poema de la fuerza», *Escritos sobre la guerra*, Edicions Bromera, Alzira, 1997.

<sup>4</sup> Virginia Woolf, *Tres guineas*, Lumen, Barcelona, 1977.

años y publicada finalmente en 1938, ella había llegado ya a la conclusión de que la masculinidad militarista y belicista que representaba el fascismo solo era la expresión más amenazadora de una forma de ser hombre compartida por los educados hombres que la rodeaban y le preguntaban qué podían hacer las mujeres para detener la guerra. En el ensayo *Tres guineas*, Virginia Woolf diseccionaba los valores y la forma de vida de los hombres con cultura: su afán de competir para poseer riqueza, fama, poder, excluyendo a cualquier “otra” u “otro” que no fuera de su círculo. Mostraba cómo esos valores y esa forma de vida fomentaban y sostenían el militarismo y desembocaban en la guerra.

Virginia Woolf fue la primera pensadora que desentrañó los profundos vínculos existentes entre el militarismo y la masculinidad patriarcal. También la primera autora que dio sentido político a la diferencia entre los sexos. Ella levantó el horizonte de la política de las mujeres al señalar que la emancipación femenina –entendida únicamente como adquisición de derechos iguales a los de los hombres e incluso como identificación con ellos– no era el camino para la libertad de las mujeres y la consecución de la paz. Si las mujeres tenían como referentes a los hombres, formados en el patriarcado, tomarían la misma dirección que ellos, serían pues favorables a la guerra, como había ocurrido con buena parte del movimiento sufragista durante la Primera Guerra Mundial.

En 1938, ella finalizaba su tratado político *Tres guineas*, afirmando que la mejor manera en que las mujeres podían contribuir a evitar la guerra no era repitiendo las palabras y los métodos de los hombres, sino creando nuevas palabras y nuevos métodos en conexión con la genealogía y la experiencia de las mujeres. Establecía así la diferencia entre los sexos al reconocerse mujer y como tal extraña con respecto a la tradición masculina; es decir, sintiéndose ajena a un orden simbólico que la hacía invisible y que cancelaba su palabra. Situada en la ajenidad al orden masculino y patriarcal, Virginia propuso una política de las mujeres que para evitar la guerra se mantuviese indiferente a la heroicidad masculina y sobre todo situada fuera de la lógica del poder, la riqueza, la fama y las lealtades de raza, de sexo, de patria. Una política que hiciera palanca precisamente en la experiencia de exclusión y ajenidad de las mujeres, para ofrecer valores y prácticas creativas radicalmente distintas a las ofrecidas por los hombres desde su posición de dominación. En opinión de la filósofa Luisa Muraro, *Tres guineas* «es el acta de nacimiento de la política de la ajenidad».<sup>5</sup>

<sup>5</sup> Luisa Muraro, «Guerras que he visto», en VV.AA., *Guerras que yo he visto. Saberes de mujeres en la guerra*, Horas y Horas, Madrid, 2001.

En 1940 Virginia Woolf había desplazado su pensamiento desde la identificación de la diferencia entre los sexos y el desvelamiento del militarismo inherente al pa-

**Virginia Woolf fue la primera pensadora que desentrañó los profundos vínculos existentes entre el militarismo y la masculinidad patriarcal**

triarcado a la búsqueda de un camino que hiciera posible modificar la masculinidad patriarcal para hacer impensable la guerra. Se preguntaba cómo podía ella contribuir a liberar al piloto inglés de la máquina bélica y simbólica en la que se hallaba prisionero. En primer lugar, nunca debía dejar de pensar, pensar con verdad, a contracorriente. En segundo lugar, no debía colocarse en el lugar de la

impotencia desde el que algunas mujeres se lamentaban de su falta de poder; al contrario, debía dar sentido político a su hacer desde cualquier lugar. Si no podía acceder a las mesas oficiales, donde actúa el poder, podía trabajar por la paz desde la mesa de té, donde actúa la relación. En tercer lugar, hacía falta hallar una forma de sustitución, o compensación, del papel que las armas y el belicismo ocupaban en la conformación de la masculinidad. Había que transformarla dando a los hombres acceso a los sentimientos creativos, fabricando felicidad.

Ese aprendizaje masculino podía darse mediante el trabajo de la relación. Esto es lo que sugiere Virginia Woolf en el penúltimo párrafo de su texto cuando, una vez abandonado el artefacto bélico, hombres y mujeres de bandos enfrentados pueden establecer una relación al aire libre que tiene elementos de reconocimiento recíproco, de sentimientos genuinos y de cuidado mutuo. Esa es la semilla que, según ella, puede fructificar dando paz.

**Elena Grau Biosca** forma parte del grupo de estudio Giulia Adinolfi y del colectivo En Pie de Paz.

